

sabía que las obras acaban con la muerte, y que la noche sobreviene, en la cual nada se puede hacer¹; que la suerte futura de cada uno se fija para siempre, y que el alma entra entonces en el cielo, ó en el infierno, ó en el lugar de purificación.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 169.

Véase Doellinger, *Christenth. u. Kirche*, p. 257 y sig., y sobre *I Thess.*, II, 1 y sig., p. 422 y sig. — Sobre el Antecristo, que debió reinar tres años y medio: Justino, *Dial.*, xxxii et seq., xlix, cx; *Iren.*, V, 25-30; Hippol., *De Chr. et Antichr.* — Resurrección y juicio: Barnab., cap. xix-xxi; Justin., *Dial.*, cxvii-cxviii; Apol., I, 8, 18-20, 52; De resurr. Athen. de res., *Iren.*, II, xxxix, 2; V, 13-15, 32 et seq.; Tert., *De praeser.*, xiii; De resurr. carn., Polyc., *Ep.*, cap. vii; Tatian., *Orat.*, cap. vi; Clem., *Ped.*, I, 4, 6; II, 10; III, I; Strom., I, 19; VII, 2; Orig., *Contra Cels.*, V, 14; *Method.*, De res. Const., ap. V, 7.—Grados de bienaventuranza: Clem., *Strom.*, IV, v, 18. — Eternidad de las penas del infierno: Ign., *Eph.*, xvii; Justin., *Apol.*, I, 8, 12, 17 et seq., 21, 28, 45, 52; Apol., II, 1, 7 et seq.; *Dial.*, xxxv, xlv; *Iren.*, II, xxviii, 2; IV, xi, 1; Tert., *De anim.*, cap. xxxiii; Apol., cap. xviii, xlv; Min. Fel., cap. xxxv; Lact., *Inst.*, VII, 21, 25. — Lugar de purificación: Tertul., *De anim.*, cap. lviii; Cypr., *Ep.*, li, ed. Baluz.; Clem., *Strom.*, VI, xiv, p. 329, cum not.; VII, 6, 12, p. 508, ed. Migne. (Cf. Lumper, loc. cit., p. 475-477.) Orig., *Hom.* xv in Jer., n. 5 et seq.; *Hom.* vi in Exod.; *Hom.* xv in Lev.; *Hom.* xxiv in Luc.; *Acta S. Perpet.*, ap. Ruinart, § 8, p. 84; Aug., *De anima et ejus orig.*, I, 10; III, 9. — Descenso de Cristo á los infernos: Clem., *Strom.*, VI, 6, p. 762 et seq. Cf. Lumper, loc. cit., p. 260-269; Guericke, loc. cit., part. II, p. 149 et seq.

§ 10. La ciencia teológica. — Las escuelas y la literatura teológica.

La ciencia eclesiástica.

170. Los sabios cristianos, deseosos de utilizar sus conocimientos filosóficos é históricos para dilucidar y profundizar las riquezas dogmáticas de la Iglesia, habían intentado con éxito diverso exponer, bien algunas verdades particulares, bien el conjunto de las verdades cristianas, bajo forma apropiada á los entendimientos cultivados de su época. Continuaron edificando sobre las bases puestas por el Nuevo Testamento, donde se encontraban ya indicadas diferentes direcciones del espíritu: en San Juan, el amor de la contemplación; en San Pablo, el gusto de la dialéctica; en los tres primeros Evangelios, en Santiago y San Judas, el de las cosas positivas y prácticas. Estudiaron despues con ardor la tradición de los primeros Padres y de las más ilustres Iglesias; recorrieron con avidez las Escrituras del Antiguo Testamento, donde

¹ *Joan*, ix, 4.

encontraron el anuncio del Nuevo; y considerando la ley nueva como superior á la otra, de la cual era la consumación, estuvieron muy léjos de desconocer la importancia de la ley antigua como institución preparatoria y pedagógica¹. Si recurrían á las ideas filosóficas, y principalmente á las de Platon y Filon, la mayor parte se limitaban á tomar de ellas la forma de exposición, la terminología, los procedimientos dialécticos; es verdad que algunos hacían uso más ó ménos amplio de sus principios filosóficos, pero generalmente no intentaban hacerlos adoptar. Si hubo algunos de ellos que sacaron errores en su comercio con la especulación helénica, la Iglesia se apresuró á rechazarlos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 170.

El Cristianismo, nueva ley: Justino, *Dial.*, xi et seq., xiv, xviii, lxvii; *Iren.*, IV, xix, 2. — Sobre el platonismo de los Padres: Can., *De loc. theol.*, VII, 2; Petav., *De Trin.*, I, 3. — Contra Souverain (*Le platonisme dévoilé*, Colonia, 1700, traducido por F.-C. Loeffler, 2.^a ed., Zúlichau, 1792); Baltus, *Defensa de los Padres acusados de platonismo*, París, 1711, in-4.^o; Mosheim, *De turbata per rec. Platon. eccl.*, Helmst., 1725. Obras sobre esta controversia en Kell, *Opusc. academ.*, p. 439 et seq. Véase Kuhn, *Th. Q.-Schr.*, 1850, p. 249 et seq.; Freih. K.-Lex., VIII, 498 et seq.

Los principios.

171. Véanse aquí los principios que servían de guía á los doctores cristianos: 1.^o La materia de la fe viene de fuera; el espíritu humano puede alcanzarla, apropiársela, dilucidarla; pero no puede ni aumentar ni perfeccionar su sustancia, ni transformarla ni cambiarla. 2.^o La certeza de la fe, así como la materia de la fe, no puede ser engrandecida y elevada por la ciencia; sólo es susceptible de perfección la forma bajo la cual es presentada al entendimiento. 3.^o La fe es la base inmutable, la regla y barrera de la ciencia; es el punto de partida del conocimiento eclesiástico; ella es la que le suministra sus principios, y estos principios no tienen necesidad de otra prueba. La fe es la condicion previa del conocimiento científico; sin la fe no hay inteligencia². Ella es la que distingue y juzga en su verdadero valor los rayos de verdad esparcidos en el paganismo, y la coloca á su verdadera luz: así pues, la ciencia verdaderamente divina, se despliega sobre el fundamento de la Escritura y de la enseñanza dada por la Iglesia. 4.^o La verdad revelada y el conocimiento racional no pueden estar en contradicción, porque tienen una sola y misma fuente, que es el Verbo de Dios.

¹ *Jerem.*, xxxi, 31; *Jn.*, li, 4.

² *Jn.*, vii, 9, según la version alejandrina.

La diferencia entre la filosofía y el Cristianismo, consiste: 1.º, en cuanto al fondo, en que la filosofía no contiene sino partes de la verdad, mezcladas con errores, mientras que el Cristianismo encierra la verdad total; 2.º, en cuanto á la forma, en que la filosofía, por sus procedimientos artificiales, por su método inaccesible á la multitud, no puede jamás convertirse en el bien comun de todos; 3.º, por los efectos, en que el Cristianismo hace al hombre mejor y le santifica, lo cual jamás pudo obtener la filosofía. La ciencia profana no es más que una escuela preparatoria: no se la debe exagerar ni despreciar.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 171.

Mehler, *Einheit der Kirche*, p. 129 y sig.; *Patrologia*, p. 464 et seq.; Kuhn, *Theol. Q.-Schr.*, 1841, I; Kling, en *Stud. u. Krit.*, 1841, p. 851 y sig.; *Bonner Ztschr. f. Phil. u. kath. Theol.*, 1844, II. Los principios en Clem. Alex., *Strom.*, I, 20; II, 2, 4, 6; III, 4; V, 1 et seq.; VII, 10; *Theophil.*, I, 8; *Iren.*, I, 3, 6; x, 1 et seq.; *Orig.*, De princ., *præf.*, y I, III, 1; *Contra Cels.*, I, 9 et seq.; III, 40, 81; V, 1; VI, 2, 4, 13; VII, 46, 59 et seq.; VIII, 51; *Hom.* XII, n. 7, in *Levit.*; Ep. ad Greg. *Thaum.* (Op. I, 30); *Hom.* XIV in *Gen.*, n. 3: «Philosophia neque in omnibus legi Dei contraria est, neque in omnibus consona.»

Las escuelas eclesiásticas. — La escuela de Alejandría.

172. La Iglesia ha visto siempre discípulos ávidos de ciencia agrowse al rededor de sus sabios y piadosos doctores. Multitud de hombres llenos de celo, acudían á escuchar á San Pablo y á San Juan, y despues á San Policarpo, discípulo del último. Justinó fundó en Roma una escuela donde tuvo por oyente á Taciano (antes de su caída), y donde contó á Rhodon en el número de sus discípulos. La ciencia oriental helénica florecía allí particularmente. Los occidentales se aplicaron desde el principio á las cuestiones prácticas, y á las especulativas los orientales, entre los que descollaban los partidarios de la escuela alejandrina, que contenía multitud de discípulos iniciados en la filosofía, y pronto se hizo célebre por la escuela catequística que fué necesario establecer. Esta escuela iniciaba en sus principios á muchos sabios que habían venido del paganismo; formaba maestros capaces de enseñar sus propias doctrinas; trabajaba, en una palabra, para fundar una ciencia cristiana, y esto en el foco de la erudición pagana en Alejandría misma, donde florecía la filosofía neoplatónica, y donde la ciencia helénica ofrecía más de un peligro para la juventud cristiana.

Institucion privada, pero colocada bajo la direccion del Obispo, que nombraba su jefe, esta escuela cultivaba desde mucho tiempo ántes las

ciencias sagradas y profanas, segun una direccion moral y ascética, intentaba fundar sobre las bases del platonismo una filosofía rigurosa, que á muchos de sus miembros inclinaba demasiado al panteísmo, cultivaba la interpretacion mística y alegórica de la Escritura, llevandola con frecuencia hasta el exceso, pero adquiriendo, sin embargo, en los estudios bíblicos y teológicos en general, grande y duradero renombre.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 172.

Guericke, *De schola, quae Alex. floruit, catechetica*, Hal., 1824, p. I, II (indica tambien las antiguas obras). Hasselbach, *De schola, quae Al. fi.*, cat., Stett., 1826, part. I; J. Simon, *Hist. de l'école d'Alex.*, Paris, 1845; Vacherot, *Hist. crit. de l'école d'Al.*, Paris, 1846. La escuela se llama *τὸ ἐπὶ τῷ ὑπάτακτῳ τῶν ἱερῶν μαθημάτων* (*Soer.*, III, 15), *τὸ τῆς κατηχήσεως (τῶν ἱερῶν λόγων) διδασκαλεῖον* (*Rus.*, V, 10; VI, 3, 26); *schola ecclesiastica* (ó *catecheseon*), *Hier.*, *Catal.*, xxxviii, lxxix. Segun Euseb., V, 10, existía *ἡ ἀρχαία ἑκκλῆσια*; *Hier.*, *Cat.*, cap. xxxvi: «Juxta veterem in Alexandria consuetudinem, ubi a Marco Evangelista semper ecclesiastici fuere doctores.» Segun Phil. Sidetes (muerto en 420; *Fragm.*, ap. Dodwell, *Diss. in Iren.*, Oxon., 1689, p. 488 et seq.), Atenágoras habría enseñado en la escuela antes de Pantenio; pero este autor merece poco crédito (*Soer.*, VII, 27; *Phot.*, *Bibl. cod.*, 35), aunque algunos creen poder seguirle en este punto (Guericke, *loc. cit.*, part. I, p. 4-7, 15-20).

173. El primer maestro y el más conocido de esta escuela fué Pantenio, filósofo estoico, instruido por un discípulo de los Apóstoles. Explicaba la Santa Escritura, ya en lecciones verbales, ya en comentarios (hoy perdidos); era el fin del segundo siglo y principios del tercero. Más célebre aún fué su discípulo Tito Flavio Clemente, tambien nacido en el paganismo y muy versado en las letras griegas. Despues de haber recogido de sus viajes á Grecia, á la Italia inferior, á Palestina y Siria, multitud de conocimientos, había formado, como sacerdote de Alejandría, como auxiliar y sucesor de Pantenio, gran número de hombres ilustrados. Abandonó á Alejandría durante la persecucion de Sévero (202), permaneció en Capadocia y Palestina, y probablemente volvió despues á Alejandría, donde murió ántes del 217. Además de muchos opúsculos y los *Hypotyposis* (perdidos), compuso otras tres obras que tienen entre sí grande afinidad. En su *Exhortacion* (*Protrepiticos*), muestra lo absurdo del paganismo; en su *Pedagogia*, prepara los caminos de la moral cristiana, y en su *Stromata* se propone iniciar á sus lectores en la perfeccion de la vida y ciencia católica, segun los tres grados indicados por los antiguos sabios, ó sean: purificacion, iniciacion y contemplacion; su designio es probar que el verdadero gnóstico, es al mismo tiempo un completo cristiano. Pensador espiritual y sabio,

pero de ninguna manera sistemático, Clemente, aun haciendo de la fe la depositaria de toda verdad, y no viendo sino una diferencia formal entre la fe y la ciencia, caía á menudo en el error platónico de que existe diferencia entre « la opinion de la multitud » y la religion que los sabios adquieren por medio de la ciencia, y ponderaba la antigua literatura clásica sobre todos los escritos de los filósofos. Dedicaba particular atención á la moral, que pretendía exponer en toda su pureza. En una disertacion especial, examina cómo y en qué condiciones el rico puede salvarse. Sus más notables discípulos fueron Alejandro, Obispo de Flavias, despues coadjutor y sucesor de San Narciso, Obispo de Jerusalem; y Orígenes, que le aventajó por sus trabajos como doctor y escritor.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 173.

Sobre Pantonio, Eus., V, 10; Hieron., loc. cit.; Phot., Bibl., cod. cxviii; Clem., Strom., I, 1, p. 322 et seq.; Fragm., II, ap. Routh, Relig. sacr., I, 339 et seq. Sobre Clemente, Euseb., V, 11; VI, 3, 6, 13 et seq.; Prap. evang., II, 3; VI, 1, 3 et seq.; Chron., II, 265, ed. Aucher., Ven., 1818; Hieron., Catal., cap. xxxviii; Epiph., Hist., xxxii, 6; Soer., II, 35; Phot., Cod., cix et seq., cxviii; Niceph., IV, 23; Clem., Op., ed. Sylb., cum not.; Heinsii, Lugd. Bat., 1616; ed. Potter., Oxon., 1715, in-fol., t. II (segun aquel, Venet., 1755; Wircebr., 1778 et seq.); Migne, t. VIII, IX; Hoefstede de Groot, De Clem. Alex., 1829; Dahné, De *patre* Clem. Alex., Lips., 1831; Eylert, Clem. v. Al. als Philosoph u. Dichter, 1832; Reinkens, De Clem. presb. Alex., homine, scriptore, philos., theol., Vratislav., 1851; Cognat, Clemente de Alejandria, su doctrina y su polémica, Paris, 1859.—Clemente ha sido elogiado como sabio por San Jerónimo, Ep. lxxxiii, ad Magn., Catech., loc. cit.; Soer., II, 35; Theod., Hær. fab., I, 6; Cyril. Al., lib. VII, in Julian., página 231, ed. Lips., 1696, etc.; Fabricio, Bibl. gr., V, 103. Muchos le calificaban de santo; el Martirologio de Usnari le cita en el 4 de Diciembre. Segun Benedicto XIV, fué señalado en el Martirologio romano. Martyrol. rom., ed. 1751, Ep. prævia *Postquam intelleximus*. Cf. Lumper, loc. cit., IV, p. 73-75.

Orígenes.

174. Orígenes, nacido en Alejandria en 185, recibió excelente educacion de su padre Leónidas, que fué su primer maestro de filosofia. Tuvo tambien por profesor á Ammonio Sakkas, y fué iniciado en la teología por Pantenio y Clemente. Mostró desde su juventud poderosa actividad é infatigable celo en la defensa de la fe. Pretendió marchar al martirio con su padre Leónidas, pero su madre estorbó por medio de la astucia esta resolucion. Confiscados los bienes de su familia, buscó en la enseñanza un medio de sostener á su madre y á sus seis hermanas.

Informado de las felices disposiciones y de los variados conocimientos de este jóven de diez y ocho años, el Obispo Demetrio le nombró

profesor y jefe interino de la escuela católica. En este puesto, Orígenes supo conquistar la general estimacion y merecer la adhesion profunda de sus numerosos discípulos; convirtió á muchos paganos, y publicó numerosos escritos. Sin embargo, hizo demasiado pronto, aun en su obra *De principiis*, la atrevida tentativa de reducir á sistema los dogmas cristianos, porque las impresiones que habia recibido de la filosofia pagana eran todavía demasiado vivas; por eso se extravió más de una vez. No contento con ser irreprochable en su conducta, quiso alejar de sí toda sospecha, todo peligro de contaminarse en sus relaciones con el mundo. Animado de excelentes intenciones, pero interpretando mal el pasaje del Evangelio donde se habla de aquellos que se hacen eunucos¹, se mutiló con sus propias manos. Este acto le atrajo vivas reprensiones de parte de su Obispo, y en lo sucesivo se le echó en cara como crimen enorme. Entregado á todos los rigores del ascetismo, superior al miedo, Orígenes acompañaba con frecuencia al cadalso á los mártires, de los cuales muchos eran discípulos suyos.

En 212, siendo Papa Zefirino, se dirigió á Roma con el fin de visitar la más antigua iglesia; pero no tardó mucho en ser llamado nuevamente á Alejandria. Siendo sus discípulos muy numerosos, los dividió en dos clases, y puso al frente de la inferior á su discípulo Heráclas. A la edad de veinticinco años se dedicó al estudio del hebreo con el fin de utilizarlo para sus trabajos bíblicos, y comenzó la grande obra sobre la Escritura Santa (los Hexapla). Provisto de abundantes recursos por su amigo Ambrosio, á quien habia sacado del gnosticismo, é invitado á escribir numerosas obras, recibió de aquel número suficiente de calígrafos y taquígrafos para ayudarle en su trabajo.

La reputacion de Orígenes se extendió á las más remotas comarcas. En 215 fué llamado á Arabia para instruir allí á un general. Poco tiempo despues de su vuelta á Alejandria, se vió obligado en 216 á huir ante los soldados del emperador Caracalla, irritado contra la ciudad. Partió para Cesárea de Palestina, donde fué honrosamente acogido. Los Obispos le invitaron, aunque seglar, á dar en las iglesias lecciones sobre la Santa Escritura. Su Obispo Demetrio se manifestó descontento de esto y exigió su vuelta. Orígenes obedeció, pero al poco tiempo fué llamado por la madre del emperador Alejandro Severo á Antioquia y despues á Acaya. Á su vuelta recibió, en 223, el sacerdocio en Cesárea de Palestina de manos del Obispo Teoctisto. Esta ordenacion conferida por un Obispo incompetente á un extranjero, y además eunuco, era contraria á las leyes de la Iglesia. Asi, cuando Orígenes,

1. *Matth.*, xix, 22.

pasando por Éfeso y Antioquía, volvió á Alejandría, el Obispo Demetrio ordenó una información, á consecuencia de la cual Orígenes abandonó la ciudad y se fué á vivir á Cesárea cerca del Obispo que le era favorable.

En 231, un Sínodo de Alejandría pronunció su deposición. En Cesárea, Orígenes abrió una escuela que adquirió, bajo su dirección, prodigioso desarrollo; Gregorio Taumaturgo y su hermano Atenodoro fueron discípulos suyos. Durante la persecución de Maximino, huyó á Capadocia, cerca del Obispo Firmiliano, y allí permaneció largo tiempo oculto en la casa de una cristiana llamada Juliana, donde trabajó en diferentes obras. Vuelto á Cesárea en Palestina, despues de la caída de Maximino, se dedicó nuevamente á la enseñanza, y la continuó, salvo algunas interrupciones ocasionadas por viajes á Arabia, hasta la persecución de Decio, á la cual no sobrevivió mucho tiempo, porque fué aprisionado en Tiro y horrorosamente atormentado. Allí murió en 254, á la edad de sesenta y nueve años, y fué enterrado en la catedral.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 174.

Euseb., VI, 2 et seq., 8, 14 et seq.; Chron., II, 295 et seq.; Greg. Thaum., Or. Panegy. in Orig.; Pamphil., Apol. pro Orig.; Hieron., Catal., cap. LIV; Apol. contra Rufin.; Pallad., Hist. Laus., cap. CXLVII; Epiph., Hær. LXIV; Socr., VI, 13; Sozom., VIII, 14; Phot., Bibl., Cod. viii, cxvii, cxviii; Niceph. Call., V, 1 et seq., xxxii et seq. Obras en Guericke, loc. cit., part. I, p. 37 et seq.; Thomasius, Orígenes, Nuremberg, 1837; Redepenning, Orig., Bonn, 1841 y sig., 2 vol.; Hébelé, Freib. K.-Lex., 1851, VII, 825 y sig. Sobre el *Hexapla* (ed. Redepenning, Lips., 1836), véase Schnitzer, Orig. über die Grundlehren der Glaubenswissenschaft., Stuttgart, 1836; Bonner Ztschr., t. XVI, p. 205 y sig. Sobre la mutilación de Orígenes, Petri Zornii Exercit. de emulicismo Orig., Giss., 1708. Ha sido puesto en duda este hecho por Schnitzer (loc. cit., p. 33), et Baur (Theol. Jahrbücher, 1837, II, 652); está sostenido por Engelhardt y Redepenning. Orígenes. Hom. xv in Matth., n. 1 et seq. (Oper. III, 651, 653 et seq.) reconoce más tarde su error, según II Cor., iii, 6.

Trabajos de Orígenes sobre la Santa Escritura.

175. Orígenes prestó á la ciencia inmensos é incalculable servicios. No solamente contribuyó en gran parte á fijar el cánón de las Santas Escrituras, sino que se dedicó con éxito en sus *Hexapla* á la crítica del texto del Antiguo Testamento. Estableció allí, en seis columnas: 1.º, el texto hebraico no puntuado con letras hebraicas; 2.º, el texto hebreo en letras griegas, según la pronunciación que él conocía; 3.º, la traducción textual de Aquila; 4.º, la traducción de Simmaco; 5.º, la version ale-

jandrina (los Setenta); 6.º, la version de Theodocion. La reunion de las cuatro últimas columnas (3-4-5-6) tomó el nombre de tetrapla.

Habiendo hallado Orígenes otras tres versiones griegas de muchos libros de la Biblia, debidas á autor desconocido, muchos ejemplares recibieron de ocho á nueve columnas (octapla, enneapla). Empleó diferentes signos: el obelo para los pasajes de los Setenta que faltaban en el hebreo; el asterisco, para los pasajes omitidos en los Setenta, y añadió cortas observaciones (escolios). De esta grandiosa empresa, que fué tambien utilizada por San Jerónimo, no restan más que fragmentos. Orígenes se dedicó además á la explicación de los Libros Santos, no solamente en sus numerosas homilias, sino en comentarios particulares (*tomí*), y dió cortas explicaciones sobre los más difíciles pasajes (escolios). Tenia por principio estudiar siempre el sentido de los textos particulares en sus relaciones con el conjunto, y se aplicaba á fijar el sentido literal. En este punto prestó importantes servicios, si bien se esforzó, siguiendo el gusto de su escuela y de su tiempo, por descubrir, más allá del sentido literal, é histórico, otro más elevado, misterioso, aplicable á la vida moral, ó que se refiere á una ciencia más profunda. Para él, la Santa Escritura es una obra divina, en sus detalles lo mismo que en conjunto, hasta en los pasajes más insignificantes en apariencia, y está llena de los más profundos pensamientos. No ve, en este sentido, ninguna diferencia entre el Antiguo y Nuevo Testamento. Distingue: 1.º, el sentido material (literal é histórico); 2.º, el sentido psíquico (moral y tropológico); 3.º, el pneumatíco (místico, anagógico y alegórico). Sus obras, de las cuales sólo una parte se ha conservado, estimularon el ardor de las épocas siguientes y suministraron importantes materiales. Sus homilias han llegado á ser, en la Iglesia, modelo de lecciones prácticas de exégesis.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 175.

Orig., Hexaplorum quae supersunt, ed. B. de Montfaucon, Paris, 1713, in-fol., t. II; Bahrt, Lips., 1769, t. II; Migne, Patrol. gr., t. XV, XVI, ed. Field., Oxon., 1867 et seq. Compar. Epiph., De pond. et mens., c. xvii; Tillemont, Or., a. 8; Mém., t. III, p. 511; Orsi, l. VI, n. 53, t. III, p. 162; Guericke, loc. cit., II, p. 19. Sobre la Santa Escritura: Orig., Hom. IV., in Jer.; Comm. in Matth., p. 428; in Joan., xiii, 46; xvi, 29; in Exod., i, 4; in Jer., xii, 1.— Sobre el triple sentido: De princ., IV, II, 13; Hom. v in Levit., n. 1, 5 (Op. II, 205, 209); t. XIX in Joan. (ib. IV, 305); Thomasius, p. 311 y sig., 316; Redepenning, I, 378, 284, 304, y más arriba, § 158.

Trabajos ascéticos de Orígenes.

176. Orígenes no es ménos notable por sus trabajos ascéticos, especialmente sobre la oración, y por su lucha contra los paganos y herejes. En esta parte, su fama es imperecedera. Mostró doquiera una aptitud para el trabajo verdaderamente maravillosa, que le valió el sobrenombre de *Adamantius* y de *Calchenteros*. En cuanto al dogma, á pesar de los excelentes comentarios que se le deben sobre algunos puntos, su gloria ha sido oscurecida por una adhesión demasiado grande al neoplatonismo, del cual ha debido tomar muchas ideas. Se le censura sobre todo: *a*, por haber creído en la eternidad de la creación y en una pluralidad infinita de mundos, correspondiente á la actividad eterna de Dios como Creador; *b*, por haber explicado el origen del mundo material, atribuyéndolo á una prevaricación del mundo de los espíritus anterior al tiempo, y por haber admitido la preexistencia de las almas; *c*, por haber enseñado que los ángeles tienen cuerpo; *d*, por haber negado la eternidad de las penas del infierno, so pretexto de que todos los castigos no son más que medios de corrección y mejoramiento; *e*, de aquí la otra opinión de que Satanás y los demonios serán un día perdonados; *f*, por haber pretendido que habrá una restauración de todas cosas, y que los elementos corporales serán destruidos; *g*, por haber combatido ó desnaturalizado el dogma de la resurrección, diciendo que todo lo corporal está destinado á perecer; *h*, por haber rebajado al Hijo de Dios y desconocido su igualdad de sustancia con el Padre (subordinacionismo); *i*, por haber rebajado al Espíritu Santo y restringido su operación á los santos, mientras que la del Hijo se extendería á todos los seres razonables, y la del Padre á todos los seres en general; *j*, por haber sutilizado demasiado con exageradas alegorías sobre el fondo de la Escritura, y especialmente sobre el capítulo III del *Genesis*, donde refiere al cuerpo humano lo que se dice de las pieles de animales.

La opinión, en lo que concierne á Orígenes, ha estado siempre dividida. Mientras que Metodio, Obispo de Olimpia y después de Tiro, combatía como pertenecientes á Orígenes las doctrinas sobre la pluralidad infinita de los mundos, sobre la preexistencia de las almas, sobre el cuerpo en cuanto es la prisión del alma, sobre la destrucción final de la materia; otros, como Gregorio de Neocesárea, Pánfilo y Eusebio de Cesárea, no le escaseaban los elogios, y le defendían contra sus numerosos adversarios. Se ha sostenido desde el principio que los herejes habían falsificado sus escritos. Por el estado defectuoso en que muchas de sus principales obras han llegado hasta nosotros, es difícil fallar con

seguridad sobre cada acusación. Si es cierto, según lo que parece mejor fundado, que tomó la mayor parte de sus errores de las doctrinas neoplatónicas, sin embargo, jamás fué formal y voluntariamente hereje, porque se mostró siempre dispuesto á someterse á las enseñanzas de la Iglesia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 176.

Αεμίαντος (el hombre de acero), Eus., VI, 14; Hier., Cat., LV; Ep. xxix ad Paul.; Epiph., Hær., LXIV, 1; *Χαλχεντρός* (de entrañas de bronce), Hier., Ep. cit. El número de estos escritos le había valido el sobrenombre de *αυταντικος*, *αυταντικος*, *αυταντικος*. Huet, Origen., lib. I, cap. I, § 3. Ediciones: Huet, Comment. Orig., Paris, 1679; Op., ed. de La Rue, t. IV; Migne, t. XI-XVII; ed. Lommatsch, Berol., 1832 et seq.; Orelli, Orig. aliquot loci selecti, 1826. Comp. Redepenning, Das Hier. wiederentdeckten Verzeichniss der Schriften des Orig. (Nieders. Zeitschr. f. hist. Theol., 1851, I, p. 66 y sig.). Los errores de Orígenes se encuentran principalmente en los diez libros (perdidos) de los *Stromata* (Hier., Ep. lxi, al. 38; Ep. lxxv, al. 141); en los dos *De resur.*; en los cuatro *De principiis* (que no son completos más que en la colección de Rufino), donde algunos pasajes han sido cambiados sobre la Trinidad, la materia y la supervivencia del hombre. De la Rue, Op., I, p. rv, 44; Thomasius, p. 88 y sig. Véase sobre *a*, Thomasius, p. 111, 287 y sig. (De princ., III, v. 3; II, ix, 4, 6; IV, 30; Hom. iv in Num., n. 2; in Matth., t. XIII, n. 1; t. XV, n. 35); sobre *b*, y *c*, Thomasius, p. 165 y sig.; sobre *d*, De princ., II, v. 3; X, 6; Contra Cels., III, 75, 78 et seq.; V, 15 et seq.; in Ezech., hom. 1, 2; in Exod. fragm., Op., III, 114 et seq.; *e*, De princ., I, vii, 3; III, vi, 5 et seq.; Hier., Ep. ad Avit.; in Joan., t. XXXII, n. 3; Selecta in Psalm., p. 576; De princ., I, vi, 1 et seq.; III, vi, 1; Contra Cels., VIII, lxxii in Rom., lib. II, n. 1; lib. III, n. 1; Fragm. in Luc., Op. III, 981. La doctrina de la apoetastasis puede, sin embargo, explicarse en un sentido ortodoxo; *g*, Contra Cels., II, 77; Sel. in Psal., p. 532, 535; in Matth., xvii, 20. Véase Maimers, De Orig. Lehre von der Auferstehung, Trèves, 1851. Thomasius reconoce que, según Orígenes, los cuerpos serán transfigurados, y espiritualizados y resucitarán después de haber depuesto la mortalidad y la corrupción; que la misma forma *εὐρος*, (1) si no la misma sustancia, sustancia corporal (*σῆμα υλικόσχημον*), será restablecida. Véase Vincenzi, más arriba, II, § 88; *h*, Sin embargo, Orígenes no concibe al Hijo como subordinado al Padre sino eratione principii, y no «ratione naturæ». Ahora, bajo el primer aspecto, el Padre como «primer principio» es más grande que el Hijo, aun en la opinión de los Padres que han escrito después del primer concilio de Nicea; *i*, Orig., in Joan., t. XXXII, 6; t. XXVIII, 13; Contra Cels., V, 1; De princ., I, 3, 5 et seq.; in Num., Hom. vi, 3; in Matth., Hom. xii, 40; Fragm. in Isai. (Op., III, 105). Orígenes fué acusado de error sobre la Trinidad por Baronio, Petavio, Huet, Natal-Alejandro, Du Pin, Cave, Mosheim, etc., y justificado por De la Rue, Bullas, Maran, Walch. Véase sobre todo Thomasius, página 112-151, 278-284; *j*, Contra Cels., IV, 40; in Joan., t. XX, XXI; t. II, 24; Hom. in Gen., iii, 31; in Lev., iii, 2. Cf. Hier., Ep. lxi (Mart. 38). — Method., *Ἐπί ἀναστάσεως*, Epiph., Hom. lxxv, 12 et seq., Photius, cod. ccxxx; *Ἐπί γενέσεως*, Phot., cod. ccxxxv; Migne, t. XVIII; Greg. Thaum., Pamphil., ap. Migne, t. X. Sobre la falsificación de los escritos de Orígenes, Ep. ad amic. Alex., Op., I,

página 5, 6; Rufino, Prolog. in libr. de princ. et Apol. ad Anast. P. Los sentimientos católicos de Orígenes son atenuados 1.º por sus principios generales sobre el dogma (De princ. praet., n. 2; Comm. in Matth., ser., n. 34, p. 852); 2.º por su carta de defensa dirigida al Papa Fabian Hier., Ep. xli, al. 65; 3.º por lo que dice de la manera que los herejes tratan la doctrina de la Iglesia (Hom. vii in Jos., Op., II, 414), y las emboscadas y peligros en que le ha puesto el demonio (Hom. vii in Ezech., Op., III, 382).

Sucesores de Orígenes. — Milenarios.

177. Después de la partida de Orígenes, quedó al frente de la escuela catequística de Alejandría su discípulo Heráclas, el cual, nombrado después Obispo, fué reemplazado por Dionisio, que también subió á la silla episcopal (después de 248). No parece, según las noticias que han llegado hasta nosotros, que su método de enseñanza difiriese mucho del de Orígenes, cuya escuela había frecuentado. Esto es positivo, sobre todo, tratándose de los maestros subsiguientes, ó sean Pierio (denominado el segundo Orígenes, autor de muchos escritos, y especialmente de uno sobre el profeta Oseas) y su discípulo Pánfilo de Cesarea, así como Teognosto, que escribió, entre otras obras, siete libros intitulados: *Hypotyposis*. Parece que estos dos maestros tuvieron por auxiliar, siendo Obispo Theonas, á Aquilas, que más tarde ocupó la sede episcopal y que tuvo por sucesor al mártir Pedro I. Lo cierto es que muchas de las tesis teológicas sostenidas por Orígenes, continuaron enseñándose, aunque bajo forma más suavizada, en la escuela de Alejandría; parece también que suscitaron numerosas disputas en el seno de esta Iglesia.

La interpretación alegórica de la Escritura tenía por principales adversarios á los milenarios, que, rechazados por los sabios de Alejandría, hallaron eco aún en Egipto mismo. El Obispo de Arsinoe, Népote, publicó su *Refutación de los alegoristas*, á la cual respondió el Obispo Dionisio con sus diez libros de las *Promesas*. Era inminente la división, cuando Dionisio en dos conferencias, consiguió atraer á los milenarios, y especialmente á su jefe Korakion. Como muchos, por oposición á los milenarios, rechazaban el Apocalipsis, en que se apoyaban los últimos, Dionisio declaró que prefería creer que este libro estaba por encima de su inteligencia más bien que rechazarlo; que por lo demás, no había que tomarlo á la letra. Admitía él, que su autor tuvo por nombre Juan, pero afirmaba que era un sacerdote de Asia distinto del apóstol; todo, decía, protesta en favor de esta opinión, el carácter del libro, su estilo, su método, sin hablar de razones intrínsecas.

El milenarismo, representado por muchos antiguos, fué combatido por los adversarios del montanismo y por los sabios de Alejandría; sin embargo, tuvo en lo sucesivo cierto número de defensores, tales como Metodio, Lactancio y Apolinar, el cual intentó refutar las *Promesas* de Dionisio. Aunque esta opinión tuvo por campeones á hombres tales como Papias, San Justino, San Ireneo, Tertuliano, etc., carecía de fundamento en la tradición; prueba de ello es el testimonio de Justino, cuando afirma que todos los fieles no participaban de la misma opinión en este punto; además fué combatida por Atenágoras, Cayo, Clemente y Orígenes. Era, según lo más verosímil, de origen judaico.

Difícil era la empresa de ahogar las ideas del milenarismo; las cuales encontraban numeroso apoyo ya en las profecías relativas al triunfo definitivo del reino de Dios sobre el mal, ya en la idea de que el teatro de los sufrimientos de la Iglesia debía serlo también de su exaltación, tanto más, cuanto que la Escritura, anunciaba un nuevo cielo y una tierra nueva¹; los milenarios, en fin, estaban persuadidos de que hay en la Iglesia un principio que debe transformar al mundo, y que por sí sólo le autoriza para pretender el imperio universal. Todo lo que el milenarismo contenía de importante se ha conservado, mientras que se ha visto caer por sí misma la opinión de que el combate contra el estado pagano continuaría hasta el advenimiento definitivo de Cristo, si bien aquella se mantuvo firme bajo el peso de la persecución.

Otra idea favorable al milenarismo, es que habiendo sido creado el mundo en seis días, y siendo mil años ante Dios como un día², el mundo debe durar seis mil años³, á los cuales seguirán otros mil de reposo sagrado, correspondiente al sábado.

Esta doctrina hallaba otro apoyo en el deseo de reunirse pronto á Jesucristo, en las exhortaciones del Salvador y los Apóstoles á estar dispuestos para el día del Señor, y luego en la interpretación literal del Apocalipsis, que continuó influyendo sobre estas disposiciones en los siglos sucesivos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 177.

Sucesores de Orígenes, Eus., VI, 3, 15, 26, 29, 31, 35, 40 et seq.; VII, 1, 4 et seq., 20 et seq., 32; Hier., Cat., cap. LIV, LXIX, LXXVI. El método de enseñanza de Orígenes se encuentra íntegro en los alejandrinos subsiguientes:

1. Había llamado al Hijo *xiqza*, según los Prov., VIII, 22, donde según los Se-

¹ II Petr., III, 13.

² Ps., LXXXIX, 4.

³ Epístola de San Bernabé, c. XV.

dría una escuela teológica. Es probable, sin embargo, que las bases fueran echadas allí desde el siglo tercero. Dos sacerdotes de esta Iglesia, no menos sabios que su predecesor Malquion, que había conquistado grande celebridad en el Concilio celebrado en esta ciudad (269) contra Pablo de Samosata, cultivaban allí los estudios bíblicos y sobre todo la lengua hebrea. Eran Doroteo y Luciano: éste, que más tarde fué martirizado en Nicomedia (311-312), consultó el texto hebreo para corregir los Setenta, y suministró una revisión de la Biblia, generalmente adoptada en el Asia Menor y Grecia, desde Constantinopla hasta Antioquía. Añadióse á ella en lo sucesivo una profesión de fe, que algunos interpretaron en sentido católico, otros en el del subordinacionismo (ó arrianismo). Es muy controvertida la cuestion de si el Obispo Metodio y el cronógrafo Julio Africano, que había estudiado también en Alejandría, pudieron pertenecer ó no á la escuela de Antioquía. Desde el principio se notó ya oposicion entre ambas escuelas. Alejandría cultivaba especialmente la interpretacion gramatical y lógica de la Biblia, y en filosofía se acercaba mucho más á Aristóteles y Platon. En el cuarto siglo, se hizo más pronunciado este antagonismo.

Había igualmente en Edesa una importante escuela para los sirios; seguía una direccion positiva y práctica y se dedicaba á estudios bíblicos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 179.

Münter, Progr. de la escuela de Antioq., Hafn., 1811; Staendlin, in Tzschirners Archiv i. aite u. nene K.-G., I, 1, p. 1 y sig.; Lengerke, De Ephraemi Syri arte hermen. Reg Pruss., 1831, p. 68; Kiln, etc. (I. II, § 96). Sobre Luciano y Doroteo, Eus., VII, 32; VIII, 13; IX, 6; Soz., III, 5; Hier., Cat., LXXVII; Praef. in Paral., et lib. II, contra Rufino; Aug., De civ. Dei, XVIII, 43; Chron. Alex., p. 277, ed. Du Cange; Hug (§ 102, 10, I, 171, 176; ed. Tub., 1808. La escuela de Edesa enseñó de nuevo que Tadeo había sido delegado antes de Abgaro. Trabajo sirios: Didascalia apost. syriace, ed. Lagarde, Lips., 1854; Cureton. Spicil. syriac., Lond., 1855; Cureton and Wright. Anc. Syr. Documents, Lond., 1864; Anc. Syr. martyrolog., ed. de Cureton, en el Trabajo of s. lit., 1865.

Doctores de Occidente.

180. El Occidente contaba entre sus principales doctores á San Ireneo, Obispo de Lyon, cuyos discípulos más famosos fueron los sacerdotes Cayo ó Hipólito. Este último era, segun Orígenes, el más fecundo escritor de su tiempo. Las obras y el espíritu de San Ireneo ejercieron grande influencia sobre el africano Q.-Septimio-Florente Tertuliano, que permaneció tambien mucho tiempo en Roma y llegó á ser el pri-

mer escritor de la Iglesia latina. Grave y austero, mordaz y sarcástico con frecuencia, conciso y oscuro en su estilo, enemigo jurado de la filosofía pagana, muy versado en el derecho romano, Tertuliano ha suministrado en sus numerosos escritos abundantes medios para la exposicion de la doctrina cristiana, á pesar de su caída en el montanismo; los autores subsiguientes de África, y San Cipriano mismo, le consideraban como maestro y doctor.

San Cipriano, famoso por su elocuencia y su claridad, fué imitado por el elegante Lactancio y por Arnobio, difuso y declamatorio. San Ireneo ó Hipólito fueron igualmente imitados, al menos en cuanto al fondo, por el autor de una obra sobre la Trinidad, publicada bajo el nombre de Novaciano. Los occidentales, aunque limitándose generalmente á las cosas prácticas, sabían mezclarse con interés en las sabias especulaciones de los orientales, y bien pronto rivalizaron con ellos, si no por el número y la fecundidad, al menos por el valor de sus trabajos.

ADICION.

De las obras de San Ireneo sólo tenemos sus cinco libros contra las herejías, y tampoco parecen íntegros. Empeñó esta grande obra para destruir los errores de valentinianos y novacianos, errores inconstantes y móviles, á los cuales opone la doctrina unánime de todas las Iglesias del mundo.

Este tratado ha sido muy alabado por los antiguos. Eusebio pondera sobre todo la sagacidad con que el autor descubre las faltas más oscuras de los herejes, y las tinieblas en que se ocultan, para sacarlas á la luz del día.

Erasmo ha puesto en duda si San Ireneo escribió en griego ó en latin. Hoy todos los buenos críticos convienen en que lo hizo en griego. De sus cinco libros, no quedan en el original griego más que el primero, que San Epifanio cita casi por entero. Hallanse fragmentos de los demás libros en Eusebio, San Basilio, Teodoro, San Juan Damasceno y en la Cadena de los Padres griegos.

La traduccion latina es muy defectuosa. Hay sabios que la creen más antigua que Tertuliano; pero no es probable que pertenezca á esta época un latin tan corrompido. Expresiones como estas: *suadenter, blasphematio, quaternis, mysteria-liter, impudorate, preconare, perdelivimus, adfationes, postrenatus feris, effcabile, incapabiles*, y otras semejantes, que se hallan casi en cada página, revelan una época en que la buena latinidad había sido corrompida por la barbarie. Es verdad que Tertuliano, San Cipriano y San Agustín citan algunos pasajes de San Ireneo, pero no lo hacen en los mismos términos, y el traductor ha podido aprovecharse de lo que ha encontrado traducido en estos Padres.

Estos defectos, sin embargo, nada quitan á la fuerza del razonamiento, á la exactitud de las comparaciones, á la elevacion del espíritu. Acaso si se pudiera leer el original se hallaría en él tanta elocuencia como en San Jerónimo I.

Críticos hábiles creen que San Ireneo fué el autor de la hermosa carta de las Iglesias de Lyon y de Viena sobre los sufrimientos de sus primeros mártires.

1 Hieronym., Epist. LIII.

